

CUENTO N° 22

TITULO: LA SOLEDAD DEL PADRE

SEUDÓNIMO: MARCUS

AUTOR: LUIS ALBERTO ROJAS FAÚNDEZ

La Soledad del Padre

Marcus

Lo que aprendí de mi padre es el tipo de ejemplo que me brindó con su soledad. Pareciera ser una suerte de contradicción que sintiéndolo tan cerca estuviera, sin embargo, tan lejos. Siempre recuerdo su figura lenta, reposada, cual la mía ahora.

Nuestra adolescencia transcurrió entre risas, deportes, malones, y tardes de cine. Usualmente, los sábados en la tarde nos poníamos de acuerdo para ir a una cancha de tierra a jugar fútbol. Tal vez el término cancha sea un poquito pomposo para denominar el espacio de tierra donde practicábamos tratando de imitar a nuestros ídolos: Leonel Sánchez, Jorge Toro, Atilio Cremaschi, y no faltaba quien, en los tres palos, se identificaba con Misael Escutti.

Felices esos días en que el mundo lo conformaba un balón y lo chuteábamos. Una vez finalizado el encuentro, no sin uno que otro foul e intento de conato, nos íbamos a nuestras casas a asearnos un poco para culminar este día con una buena película en el cine de la ciudad o con los preparativos de un buen malón con música de nuestros ídolos de siempre: Paul Anka (especial para bailar los lentos o cheek-to-cheek) Elvis Presley, Johnny Tillotson, Roy Orbison, Neil Sedaka, y por supuesto Bill Haley y sus Cometas para quienes mejor dominaban el rocanrol. La planificación la hacíamos en mi casa y el malón en casa de Jano. (Su casa era la más adecuada). Se formaba un comité para preparar los canapés de huevo o de paté y paté; me refiero a paté de ave o paté de cerdo. En tiempos de abundancia comprábamos queso o jamón, lo que no sucedía con mucha frecuencia.

Otro grupo era el encargado de comprar las bebidas y “la” botella de pisco para los “combinados.”

Nuestro padre, siempre atento a complacer a sus hijos, se esmeraba en preparar sopaipillas, o empanadas fritas, las que eran devoradas por todos. No duraban nada. Y claro, después de hacer deporte bajaba el hambre. Mucha hambre.

En nuestra pequeña ciudad el término “cine” era un poco siútico y rara vez se usaba. Nosotros hablábamos de ir al teatro. Esto porque las películas se exhibían en el Teatro Municipal de la ciudad. Los sábados en la tarde acostumbrábamos a reunirnos en mi casa y, junto a mis dos hermanos, nos escabullíamos a disfrutar películas de *cowboy*. Generalmente eran cuatro o cinco amigos más, lo que constituía un grupo de por sí bastante numeroso. Eran tardes llenas de adrenalina por lo que significaba evadir miradas de quienes nos conocían o con quienes compartíamos diariamente durante la semana y quienes, seguramente, nos harían bullying: nuestros compañeros de colegio.

Ahora bien, ¿por qué temíamos lo ya dicho? Bueno, desde el comienzo de los tiempos, las comunidades han estado segregadas. Y a mi entender, continuarán así por los siglos de los siglos. No importa cuánto nos rebelemos contra ello.

Así pues, el teatro de la ciudad, aunque tal vez ésta tenía características de pueblo, se encontraba también estratificado en tres secciones: galería (para el pueblo), balcón (para la clase media), y platea (para los más pudientes de la comunidad). La entrada de la primera se ubicaba a la vista de todo el mundo. En tanto las otras dos tenían un ingreso común, pero diferenciadas por una docena de peldaños para acceder al balcón. Creo que alguna vez accedí a este lugar de

prestigio medio. Lo hice, obviamente, con la vista en el piso pues algunos de mis compañeros de colegio iban a la platea. Si eso ya era un poco embarazoso, ni hablar lo que significaba ingresar a la galería, en circunstancias que a veces había dos filas para sacar entradas: una, para los del ingreso principal, platea o balcón, y la otra para lo que llamábamos “galucha”, común hoy en los estadios. Estadios, para variar, también segregados.

La solución que habíamos encontrado era irnos lo más temprano posible para subir corriendo la larga escala que llevaba recién a la boletería de la “galucha” e incluso, desde ahí, disfrazar nuestros talantes para evitar ser reconocidos. Entonces venía el apuro de que avanzara luego la “colita” porque podían vernos desde abajo los privilegiados de la comunidad.

Aquel sábado, tras haber realizado nuestras actividades acostumbradas, con el beso de siempre a nuestra madre y un “chao, papá”. nos fuimos corriendo al teatro con nuestros amigos; otros se iban desde sus casas. Una pandilla de cuatro o cinco chicos corriendo en busca de evadirnos de nuestro mundo por un par de horas.

No es que quisiéramos evadirnos por alguna realidad triste, no, Carente, en algunos casos, tal vez. Pero todos felices dentro de nuestro mundo adolescente.

Disfrutamos a John Wayne en Rio Grande. Si mal no recuerdo, un joven Stuart Whitman hacía sus primeras armas en dicho film.

Volvimos a casa comentando la película y rememorando sus, a nuestro juicio, mejores momentos.

Llegamos a casa, saludamos a mamá con un beso, el beso de siempre.

Preguntamos por papá para decir “Hola, papá. Llegamos”. Pero mamá nos dijo: “el papá no está, fue al cine y debe estar por llegar”. Tuve, desde entonces, un sentimiento de culpa del cual nunca he podido desligarme.

En su soledad, nuestro padre seguía compartiendo con nosotros todo aquello que nos hacía felices.